

Te tomo la palabra

Había entrado en la cocina con su cuaderno. Recordó la primera vez que se lo había enseñado a su marido, hacía muchos años, cuando eran muy jóvenes. Con expectación, a la espera de una reacción de entusiasmo. Él no dijo nada que sirviera de estímulo, pero se le escapó un destello de admiración, una admiración que ocultó al instante. Su lectura terminó con una pose de suficiencia: Dijo, arrogándose en experto psicólogo que no era, que en el cuento podían leerse claramente "tus traumas infantiles".

Traumas infantiles, resonaban las palabras mientras preparaba el café. De pronto se vio de niña. Pasaba horas leyendo, así se escapaba de aquel infierno. Qué sabría él de su infancia. Nada. Se metía en el gabinete de su padre y leía y escribía y anotaba todas las palabras nuevas, que luego buscaba en el diccionario. Sí, todo lo que tenía que ver con palabras era algo que le fascinaba y le torturaba al mismo tiempo. Recordaba cómo las letras salían de la pluma al revés: letras tumbadas, letras alzadas que se caían, invertidas, incompletas, deformes. Manchas, tachones. Arrancaba tantas hojas de los cuadernos, tratando de conseguir un solo renglón de palabras bien escritas, que después de un rato quedaban solo las tapas. Sus batallas para enderezar el palito de una b; la invasión de faltas de ortografía que arrasaban una hoja; tanto tiempo para encontrar las

letras en el diccionario, sin conseguir nunca memorizar el orden alfabético. En aquella guerra terrible le iba el alma.

Muy difícil, se dice a sí misma, y remueve el café sacudiendo la cabeza en el mismo sentido. Y hablar... esa era la otra guerra. No veía el modo de que lo que había en su cabeza encajara en frases con el orden y las secuencias normales. Nunca se había podido traducir a sí misma con el lenguaje. En ocasiones, en una respuesta vertiginosa, una palabra suya podía perforar los tímpanos de quien la oyera, dicha en susurros. Entonces sí: Palabras sin lazos sintácticos, lanzadas como piedras trituradas. O una sola y hermosa palabra para dejarla escapar como un pájaro azul en la madrugada. Las palabras, cansadas, se volvían hacia ella misma. A lo mejor por eso la poesía era su lenguaje.

En el cuaderno había escrito poemas. A escondidas, como siempre. Poemas sobre dioses abandonados, un cielo refulgente de ángeles fríos y despiadados en su pureza. Durante toda su vida se había tratado de convencer de lo ridícula que resultaría si dejaba que alguien supiera que escribía poesías. Mejor: que pensaba con poesías. Se había sorprendido a sí misma, muchas veces, alertándose por dentro para no delatarse: la poesía era su lenguaje natural, pero no era el lenguaje natural de los otros. Cuidado.

Le dio otro sorbo a su café. ¿Qué esperaba de él cuando le enseñó su cuaderno? Estaba mirando por la ventana, descansando la vista,

después de horas levantada, desde mucho antes del amanecer, para poder escribir sin que él la viera. Brillaba la niebla.

Lo ve ahora. Ahora ve lo que él ha retocado en su cuaderno. ¡Pero ella no le había pedido que tocara nada en su cuaderno! Después de tantos años, por primera vez vuelve a abrirlo. Y una ola de color rojo sube desde su estómago, pasa por sus mejillas y choca contra las paredes de su cráneo inundando su cerebro. Entonces estallan la humillación y la vergüenza. Hay poemas corregidos por él, ella reconoce esa letra. Él transforma una estrofa en estribillo con una llave y la palabra "bis". ¿Ha mejorado los versos? No sabría decirlo. Sólo sabe que él los corrige, los estudia, añade, suprime, con pequeñas modificaciones.

También recuerda con humillación aquel día en que él dijo sonriente que, bajo pseudónimo, había publicado un libro de poemas en una nueva edición antológica. El personaje tras el que él se ocultaba era una mujer, estaba contando en la cena a los amigos. Él mismo había presentado a la supuesta autora con una crítica favorable en su revista. En la presentación aparecían palabras como "intimismo", "sensibilidad herida", "denuncia". La colección de poemas, que había titulado "Oraciones", hablaba de ángeles de hielo, cadáveres de niños, hermosos mundos destruidos en su propia creación. Cuando los invitados se habían marchado y ella le preguntó, sin que le hubiera dado tiempo a formular una acusación, su marido le

respondió que lo que él había escrito en nada se parecía al material originario. Que ella solo le había dado una idea.

Ya se ha terminado su café. Deja la taza vacía en el fregadero. En su cabeza escucha de nuevo aquella respuesta entre risotadas, bofetadas. Y le duele recordar su propia reacción de entonces: Después de todo, lo que él había hecho era legítimo. Ella lo justificaba. Esto no es plagio. Él tiene talento. Tú no te atreves a insinuarle que detrás de esos versos están los tuyos, que detrás del personaje que él ha creado, no está él, sino tú. Escucha. ¡Sí dijiste algo así! Recuerda. Sí, se lo dijiste. Y entonces se rió con más ganas. Dijo todo aquello no valía nada para él, que lo había hecho por ti, porque quería que lo admiraras. Que había encontrado un motivo, una idea inspiradora en el cuaderno que tú le habías enseñado. Que él había hecho suyo lo que había leído en tu cuaderno porque hay personas que se nutren y enriquecen con todo, pero que él había creado algo nuevo y enteramente suyo, naturalmente. No te lo tomes así. No seas tonta. Todo esto no merece la pena.

Cuando sube las escaleras para devolver el cuaderno a su lugar, dentro de una caja que hay encima del armario, piensa en por qué le permite que hable por ella, cuando los dos están con los amigos. Te tomo la palabra, dice él. Me quitas la palabra, piensa ella. Sacude la cabeza y se repite "qué difícil".